

SILVIA GARCÍA RUIZ

*Hasta que
el amor nos
separe*



Love dead 



*Hasta que el amor
nos separe*

Silvia García Ruiz

Esencia/Planeta

© Silvia García Ruiz, 2015
© Editorial Planeta, S. A., 2015
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: Calderón Studio
© Fotografía de la autora: archivo de la autora

Primera edición: mayo de 2015
ISBN: 978-84-08-14067-2
Depósito legal: B. 6.799-2015
Composición: Víctor Iguual, S. L.
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



La idea de mi negocio surgió a raíz de un cúmulo de contratiempos que me hicieron plantearme desde muy pequeña por qué todo el mundo adoraba una fiesta tan simple.

Todas mis desgracias comenzaron el día en que cumplí cinco años y mi padre cogió su maleta repleta de nuestros preciados ahorros y desapareció sin decir nada. En ese momento me di cuenta de que el amor nunca duraba para siempre y que el día de San Valentín tan sólo era una farsa. Aunque por entonces yo ya odiaba ese día: concretamente desde que nació. Porque decidí venir al mundo justo cuando ese idiota con alas se dedicaba a lanzar flechitas por doquier.

Poco después de que mi padre huyera de casa con una mujer diez años más joven, tuve que mudarme de Los Ángeles a la pequeña ciudad de Pasadena, que parecía más un tranquilo barrio que una gran ciudad. Mi madre, que siempre había estado conmigo, ahora trabajaba casi doce horas en tres empleos distintos para poder mantenernos en una diminuta casa de alquiler que olía a moho. Beatrice, una gran amiga de mi madre que era algo rara pero muy divertida, me cuidaba y me contaba historias interesantes de sus viajes.

Aunque me encantaban las historias de Beatrice y quería ser como ella, yo era la típica niña que no destacaba en nada: pelo castaño, gafas y trenzas eran mis rasgos característicos en la niñez.

Además, siempre llevaba vestidos de cuadritos, llenos de volantes y lazos que me obligaba a vestir mi madre. Añadámosle a esto el hecho de que yo era un poco más pequeña que mis compañeros y tendremos la combinación perfecta para que se burlaran de mí durante mucho, mucho tiempo.

Podía vivir perfectamente con todos esos problemas, pero con lo que no podía era con las mentiras que me contaba mi madre cada estúpido día de San Valentín. Porque yo sabía que el amor, ese niñito con alas que pululaba tirando flechas a lo loco, no era ciego porque sí, estaba muy claro que lo habían dejado ciego a pedradas.

El catorce de febrero por la noche, mi madre siempre me engañaba de la forma más ruin, y un día, a los siete años, harta de tantas mentiras, decidí descubrir la verdad.

—Entonces, el príncipe subió a la adorable princesa en su corcel blanco y corrieron hacia su hermoso castillo, en el que fueron felices para siempre...

—Y después ¿qué? —pregunté, un tanto confusa con el final.

—Pues... Se casaron y vivieron juntos y tuvieron una docena de hijos —intentó concluir nuevamente mamá.

—¿Y quién limpiaba el enorme castillo y los pañales de los doce niños?

—Tenían numerosos criados que hacían todas esas tareas.

—¿Y quién les pagaba?

—El príncipe, por supuesto.

—¿Y qué hacía el príncipe para tener tanto dinero? ¿Era algo ilegal? —le planteé decidida, atosigándola.

—¡Por Dios, Anna, era un príncipe! Los príncipes tienen mucho dinero.

—¿Y de dónde viene ese dinero?

—De... de los impuestos de los súbditos.

—Así que el príncipe aumentó los impuestos e hizo que sus súbditos murieran de hambre para poder pagar los pañales de sus hijos...

—No, Anna, el príncipe no aumentó los impuestos y nadie murió de hambre. ¡Y ahora a dormir! —ordenó mi madre, intentando eludir mi interminable interrogatorio.

Indudablemente estaba llegando al quid de la cuestión y por eso ella lo evitaba.

—Todavía no has contestado a todas mis preguntas. ¿Y la princesa qué hacía? ¿Trabajaba o sólo era una mantenida? Y si no hacía nada y el príncipe se cansaba de ella y se iba con una lagartona más joven, ¿qué haría ella sola con doce hijos? ¿Tendría que trabajar tanto como tú, mamá? —pregunté apenada, llegando finalmente a la realidad de la bonita historia.

—Que papá se fuera de casa y se casara con otra mujer no significa que no te quiera, cariño —intentó excusar ella una vez más a su exmarido.

—¿Se fue el día de mi cumpleaños y nunca me llama ese día!

—Está muy ocupado con su trabajo y...

—¡Te diré por qué no me llama, mamá! ¡Porque mi cumpleaños cae en el día más estúpido del año! ¡Mi cumpleaños es el catorce de febrero y todos se olvidan de mí, están demasiado ocupados haciéndose carantoñas y diciéndose cuánto se quieren! ¡Y yo no existo ese día!

—No digas eso, Anna, hay mucha gente que te quiere y que nunca se olvida de ti.

—¡La abuela siempre se olvida de felicitarme porque está de crucero con el abuelo! ¡Mis tíos salen a cenar ese día y tan sólo hacen una breve llamada para decirme hola! ¡Nunca puedo celebrar una fiesta con mis familiares porque están ocupados, y si la hacemos con los idiotas de mis compañeros solamente me regalan los

bombones que les quedan de sus regalos de San Valentín! ¡Odio ese día!

—¡Espera! Creo que hoy ha venido un paquete de tu padre para ti. ¡Quizá sea un bonito regalo por tu séptimo cumpleaños! —comentó mamá esperanzada, mientras corría en busca del presente.

Cuando llegó a la habitación, me lo entregó casi sin aliento por la estúpida carrera que se había dado y se sentó junto a mí con la idea de ver nuevamente mi sonrisa ese horrendo día en el que se celebraba mi cumpleaños.

—¿Qué es? —preguntó mamá, confusa, cuando vio la tristeza en mi rostro y supo que papá me había decepcionado una vez más.

—Una caja de bombones en forma de corazón —respondí con un hilo de voz, y mis ojos comenzaron a humedecerse ante la gran desilusión que era mi padre para mí.

—¡Nunca más! —gritó mamá, exaltada, paseándose por la habitación. Y eso era muy extraño, ya que mi madre nunca levantaba la voz—. ¡Nunca más permitiré que Nicolás vuelva a hacerte llorar! ¡Nunca más le perdonaré su egoísta comportamiento! ¡Nunca más le excusaré! ¿Quién demonios se cree que es para mandar a su hija las sobras de uno de sus regalos?

»Bueno, ¿y ahora qué hacemos con esto? —planteó mamá algo más calmada, después de su arranque de ira, arrebatándome la caja de bombones—. ¿Los rellenamos de laxante y se los enviamos de vuelta? —sugirió arrancándome una risita al pensar en mi padre corriendo por primera vez en su vida por algo que no fuera su trabajo.

—Los aplastamos y se los enviamos —sugerí, siguiendo la broma de mi madre.

—Me parece bien. ¡Hazlo, y hazlo ahora! —ordenó ella, tendiéndome la caja de bombones con decisión.

—Mamá, sólo bromeaba —me excusé entre carcajadas.

—¿Y por qué no? —respondió con seriedad—. Tal vez así entiendan cómo te sientes y, para variar, sea él quien se angustie y no tú, mi pequeña. De modo que si quieres hacerlo, tira esa caja al suelo y salta encima de ella descargando todo tu enfado, porque mañana te juro por Dios que se la voy a llevar a tu padre personalmente. ¡Y si no estuviera segura de que me echarían de la oficina si lo intentara, se los haría tragar de uno en uno!

Dudé unos segundos, luego arrojé despreocupadamente la caja al suelo y comencé a saltar sobre ella con todas mis fuerzas. La caja se aplastó con facilidad y el contenido no tardó mucho en manchar el impoluto suelo de la habitación. No obstante, mamá me miró con orgullo. Yo al fin sonreía el día de mi cumpleaños.

—¡Odio el día de San Valentín! ¡Lo odio, lo odio! —gritaba una y mil veces, pero esta vez entre carcajadas de dicha infantil, al saber que estaba haciendo algo inadecuado para la mayoría de la sociedad, pero que a mí me estaba permitido.

A la mañana siguiente, no tuve duda alguna de que el paquete había sido entregado, pues mi padre vino a verme, pasó toda la tarde conmigo y me regaló un bonito vestido.

Desde ese momento, decidí que era mejor expresar lo que siento de una forma un tanto agresiva, especialmente con aquellas personas que, como mi padre, son tan lentas a la hora de comprender los sentimientos de otros.

Anna Lacemon creció expresando lo que sentía de un modo algo peculiar, pero las reglas impuestas por su madre eran claras: sólo podía hacerlo el día de San Valentín. Así que mientras ella odiaba intensamente ese día, sus compañeros comenzaron a temerlo.

En el momento en que llegaba esa festividad, Emilie, la madre de Anna, siempre era llamada al colegio por algún maestro. El director, acostumbrado ya a esta situación, se alejaba del despacho cuando la impetuosa señora Lacemon llegaba para entrevistarse con alguno de los maestros.

—Señora Lacemon, ¡su hija ha armado un gran escándalo en este hermoso día!

—¿Qué tiene de particular este día para ser hermoso? —le preguntó Emilie a la maestra, sin dejarse amilanar por sus demandas.

—¡Hoy es San Valentín! ¿Es que eso no significa nada para usted? —replicó la anciana mujer, un tanto ultrajada.

—Ya me dirá si tiene ganas de celebrar San Valentín cuando su marido, después de doce años de matrimonio, la abandone por otra y le deje sus deudas como regalo —le comentó irónicamente Emilie a la ingenua que aún creía en ese día.

—Lo siento mucho, señora Lacemon, pero tal vez debería ser más comedida al expresar sus sentimientos respecto de su divorcio delante de su hija, así ella no incurriría en ese absurdo comportamiento.

—¿Qué ha hecho que sea tan terrible y abominable como para que yo haya tenido que perder un día de trabajo para venir a hablar con usted? —repuso Emilie un tanto cansada de las sandeces de la maestra.

—Hoy hacíamos trabajos manuales, así que he ordenado a todos los alumnos que hicieran un pequeño buzón de cartulina y unas tarjetas de San Valentín. Su hija ha dibujado una calavera en su buzón y ha añadido en letras chillonas «¡Peligro!». Cuando se ha negado a hacer la tarjeta, diciendo que no le gusta ningún niño, la he amenazado con un suspenso, advirtiéndole debidamente que no debía dibujar ninguna calavera en la tarjeta y

que debía escribir un mensaje expresando sus sentimientos con contundencia y brevedad por alguien de la clase.

—¿Y qué ha hecho ella? —quiso saber Emilie, expectante ante las travesuras de su pequeña.

—Ha cogido una cartulina negra y ha dibujado un corazón partido por la mitad.

—¿Y el mensaje?

—¡Véalo usted misma! —contestó sulfurada la anciana.

Emilie cogió una hermosa tarjeta con un perfecto corazón roto por la mitad. Abrió la tarjeta lentamente esperando una de sus típicas frases irónicas tipo «¡Odio San Valentín!», rodeadas de corazoncitos, o la de los últimos años «¡Muerte a Cupido!». Lo que no había esperado encontrar era ese expresivo mensaje que la ayudó a olvidarse de sus problemas y la hizo reír sin parar durante unos segundos en los que la rígida maestra la fulminó con la mirada.

—Está claro que la ha obedecido al pie de la letra: el mensaje es breve y contundente.

—¡No me hace ninguna gracia, señora Lacemon!

—¿Y me puede decir quién ha sido el pobre que lo ha recibido?

—Sí, por supuesto. He sido yo misma... ¡Señora Lacemon, deje de reírse! —exigió exaltada la ofendida maestra.

—Hay que admitir que ha hecho todo lo que usted le ha dicho, aunque de una manera un tanto especial. Ese dedo corazón tan rígido sin duda expresa lo que mi hija sentía por usted en esos momentos —se burló Emilie, sin poder enfadarse por las trastadas de Anna en ese señalado día.

—Señora Lacemon, ¿es que no va usted a amonestar a su hija por su terrible conducta?

—Mañana la castigaré, hoy no —le dijo Emilie seriamente.

—¡No es suficiente! ¡Lo que ha hecho es indignante! ¡Anna tiene un suspenso y usted debería castigarla en casa para que aprenda la lección! —exigió la intransigente mujer.

—¿Sabe usted qué día es hoy? —preguntó Emilie, bastante molesta con la actitud de la autoritaria maestra.

—Sí, claro. ¡Hoy es catorce de febrero, el día de San Valentín! —respondió ésta orgullosamente.

—No, hoy es catorce de febrero, el día del cumpleaños de mi hija. El día en que nadie se acuerda de ella, incluida su exigente maestra, que en cada reunión de padres asegura saberlo todo de sus alumnos. Mi hija casi no recibe felicitaciones por parte de su familia, y los regalos son escasos y normalmente relacionados con esta estúpida representación del día de los Enamorados, así que si se niega a hacer algo este día que odia, yo no la obligaré.

—Pero, señora, esto es muy ofensivo y...

—No se preocupe, la castigaré. Pero lo haré mañana. Hoy es su día y no le puedo arrebatar la sonrisa —declaró abiertamente la amorosa madre, antes de abandonar el despacho—. Por cierto, ¿me puede dar la tarjeta de mi hija? Las colecciono, y cada año que pasa son más originales. Estoy deseando ver la que hace el año que viene.

En la adolescencia, decidí teñirme el pelo de negro, me puse lentillas y olvidé para siempre esos horribles vestidos que mi madre tanto adoraba.

Os preguntaréis cómo la convencí para elegir yo misma la ropa. Fue fácil: metí todas las prendas en el triturador de basura, incluidos los manteles con los que mi madre podría intentar hacerme un nuevo guardarropa.

Por desgracia, la trituradora no pudo más que yo con esas horribles vestimentas y se rompió.

Cuando a mi madre le llegó una exorbitante factura, junto con los restos del problema, supo captar la indirecta y dejó de atosigarme con sus lazos y vestidos a cuadros, aunque también me castigó hasta el día del Juicio Final, o hasta que pagara los desperfectos, lo que llegara antes.

En mi armario predominó desde entonces el negro, con rotos y adornos de vistosas calaveras. Creo que nunca llegué a pasar por esa fase de idiotez que atraviesan los jóvenes inmaduros. Mientras que mis compañeras no hacían otra cosa que reírse de tonterías e intentar llamar la atención de los chicos, yo planificaba cómo podía ayudar a mi madre a pagar sus deudas.

Muy pronto alcancé en estatura a mis compañeras y mis curvas se desarrollaron un poco más que las de las otras chicas. Creo que era atractiva, porque los imberbes jóvenes que comenzaban a convertirse en hombres, o en lo que podíamos definir como hombres, babeaban a mi paso. No obstante, eran precavidos y no osaban acercarse a más de dos metros de mi persona, intuyo que me tenían miedo por algo que ocurrió.

Todo comenzó con ese regalo tan especial que le hice a mi novio, o tal vez debería decir exnovio, el día en que él decidió cortar conmigo. Si hubiera sido en cualquier otra fecha, tal vez lo habría dejado pasar, pero él tuvo que hacerlo el único día del año que yo detestaba: San Valentín.

Empezó con un simple mensaje de texto en el que Nick Tirson decía escuetamente «Te dejo». Tal vez otra adolescente hubiera derramado un mar de lágrimas y hubiese comentado con sus amigas lo desgraciada que era su vida, pero Anna sólo dedicó una simple mirada al SMS antes de borrarlo en la clase de Economía.

—¿Cómo puede ser tan cerdo? ¡Ni siquiera se ha atrevido a decírtelo a la cara! —gritaba indignada Cassidy, la mejor amiga de Anna, una desgarbada rubia con la que todos se metían apodándola «jirafa».

—Está bien, no es para tanto —contestó Anna inexpresiva.

—Pero ¡no te ha dado ni siquiera una explicación de los motivos! Anna, ¿seguro que estás bien? —preguntó Cassidy, preocupada por la reacción tan fría de su amiga ante el que hasta entonces había sido su primer amor.

—Sí, no te preocupes más por mí. Sólo llevábamos saliendo tres meses, no es para tanto. Ahora, si me perdonas, hay algo que tengo que hacer en clase de química.

Anna se marchó con decisión, mientras Cassidy aún intentaba entenderla: ¿por qué no explotaba? ¿Por qué no gritaba, se quejaba o insultaba a Nick? Ahí había algo raro, algo preocupante, algo importante que intentaba recordar pero el recuerdo la eludía.

Hasta que la agenda se le cayó al suelo. Su libreta, llena de adornos de corazoncitos, mostró en sus gastadas páginas que ese día no tenían clase de química y, lo más importante, ése era «el día maldito».

Cuando Anna llegó a la clase de química, su regalo fue fácil de preparar, y no tardó mucho en disponer de su «ardiente» sorpresa. Como era de esperar, el gallito de Nick la buscó a la hora del almuerzo para explicarle punto por punto cada una de las razones por las que su divina presencia no seguiría ya a su lado.

Le estaba amargando el almuerzo, hasta que Anna decidió acompañarlo a donde, según él, «estarían solos para hablar mejor sobre su relación». Aunque ya no tenían nada más que decirse, Anna lo acompañó, porque sabía hacia donde se dirigía. No que-

ría estar a solas con ella, sólo llevarla junto a su espléndido coche para mostrarle lo superior que era.

«¡Cómo narices pude comenzar a salir con semejante idiota!», pensaba Anna, mientras caminaba junto a su exnovio.

Aparte de una cara bonita, no tenía nada más que valiera la pena, excepto su lujoso deportivo descapotable, regalo de su querido y adorado papá.

«¡Maldito niño mimado! ¡Cómo lo odio! Todos los tipos como él se creen el centro del mundo y les encanta llamar la atención.»

—Anna, hemos cortado porque noto que soy demasiado para ti. Yo intento avanzar en esta relación, pero tú no me dejas.

—¿Por qué no dices mejor que tú quieres meterme mano mientras miras el bailecito de las animadoras? Y yo paso de ser un segundo plato.

—No debes estar celosa, ¡aquí hay hombre para todas! —se jactó burlonamente Nick.

—¡Por Dios! ¿Cómo pude aceptar salir contigo?

—Porque nadie más que yo se ha atrevido a acercarse a ti hasta ahora, y aún no entiendo por qué —dejó caer él despreocupadamente.

—Aunque éste sea tu primer año en el instituto, ¿no has oído nada sobre mí? —preguntó Anna con malicia.

—Sí, claro. Estúpidas historias sobre unos días en los que te volvías loca, o algo por el estilo. Pero creo que nadie debe temer a una cosita tan bonita como tú —añadió, sujetándole la barbilla y alzándole la cara, en busca de un último beso—. ¿Quién sabe? Tal vez cuando dejes de ser tan mojigata podríamos volver a estar juntos y probar el asiento trasero de mi coche. Hasta entonces, te daré un último beso para que no te olvides de mí.

Anna apartó la cara y, lo que en un principio le pareció a Nick un gesto de vergüenza, se tornó una maliciosa sonrisa.

—¿No recuerdas que te advirtieron que no te acercaras a mí cierto día del año? ¿Y, sobre todo, que no me hicieras enfadar en esa fecha concreta? Para tu desgracia, hoy es ese día en el que estoy algo más irritable de lo habitual y tú me has hecho enfadar enormemente, así que he decidido demostrarte hasta qué punto con un bonito regalo. Yo tampoco quiero que te olvides de mí —concluyó Anna, acercándose con decisión hacia las plazas de aparcamiento destinadas a las visitas.

Tales plazas casi siempre permanecían vacías, pero desde hacía poco en una de ellas estaba aparcado el despampanante descapotable de Nick, un privilegio que le otorgaba el colegio por ser un niño rico. El lujoso automóvil se hallaba en ese momento rodeado por miles de pequeñas bolitas blancas y un fino cordel que dibujaban un elaborado corazón a su alrededor.

—¡Por Dios, Anna, qué empalagoso! No hacía falta que te molestaras. Ya sé que me quieres y que soy lo mejor que te ha pasado en la vida y...

—Pero, Nick, yo no te quiero —lo cortó ella—, y este corazón no demuestra mi amor, sino otra cosa... —finalizó perversamente, a la espera de su pregunta.

—¿Qué demuestra ese corazón entonces, Anna? —preguntó Nick, irónico y sonriente.

—Mi odio por este día —declaró ella, demostrando finalmente sus más profundos sentimientos por la fiesta de San Valentín, mientras prendía una de las esquinas del cordel, creando un llamante corazón de fuego que rodeaba el adorado coche de Nick.

—¡Estás loca! ¡Loca de atar! ¿Cómo has podido hacer esto? —gritaba él, histérico, mientras se mesaba los cabellos sin dejar de caminar de un lado a otro del aparcamiento.

Anna llamó perezosamente a los bomberos desde su móvil, sin dejar de observar ni por un instante la reacción de su exnovio

ante su regalo. ¿No sería maravilloso que alguien se dedicara a hacer regalos así a tipos como Nick, para que aprendieran la lección de una vez por todas?

Él había decidido deliberadamente ser cruel cortando con ella en un día tan señalado para cualquier chica como era San Valentín. Por desgracia para Nick, para Anna ese día no significaba lo mismo que para las demás mujeres.

Justo cuando ella comenzaba a alejarse del lugar al oír la sirena de los bomberos, su amiga Cassidy llegó a la carrera en su busca.

—Anna, ¿qué has hecho? —preguntó confusa, hasta que pudo observar el brillante regalo de su amiga.

—No te preocupes, las llamas se extinguirán por sí solas dentro de poco, y he recubierto el suelo que rodea el coche con pintura ignífuga. Es un truquito de internet que me pareció muy adecuado practicar este día.

—Pero, Anna... ¡te expulsarán!

—Valdrá la pena solamente por haber visto la amorosa respuesta de Nick ante mi regalo —se burló ella, mientras observaba cómo el niño rico corría desesperado alrededor de su coche sin saber qué hacer—. Creo que le gusta. Después de todo, no se aparta de mi obsequio ni un solo instante.

—¡Estás loca! —comentó Cassidy, resignada, alejándose con ella del lugar.

—No, es sólo que hoy es ese estúpido día. —Y de repente añadió, parándose en seco—: ¡Espera un momento, se me olvidaba! —Sacó su móvil y comenzó a mandar con rapidez un único mensaje.

Cassidy curioseó por encima de su hombro. El texto decía así:

Feliz día de San Valentín.

Cuando Anna le dio a Enviar, el destinatario desconocido no tardó en hacerse notar, ya que desde el aparcamiento los gritos del furioso Nick resonaron por todo el instituto.

Después de ese día, nadie volvió a salir con Anna Lacemon y los bomberos siempre hacían una extraña parada el catorce de febrero por los alrededores del instituto.

Nick Tirson nunca volvió a dejar a una chica en un día tan señalado. Tal vez aprendiera la lección. O no, con los hombres ya se sabe. Por si acaso, todos los años recibía una anónima postal de San Valentín recordándole lo mucho que pueden llegar a quemar las llamas del amor, sobre todo si tu descapotable es inflamable.